

Hugo Valenzuela (“Una indagación antropológica sobre el trabajo y los profesiones”) aporta valiosas indicaciones sobre la evolución del concepto de profesión y las distintas configuraciones que ha podido tener en las distintas sociedades. Trata de establecer un marco antropológico e histórico básico de las profesiones. La primera parte relaciona las topologías sociales con el trabajo, recurriendo a la antropología general. La segunda parte aborda las concepciones históricas y culturales del trabajo y las profesiones, a partir de la síntesis de historiadores del trabajo y de ejemplos etnográficos. La tercera parte aborda los rasgos más característicos de las profesiones, desde una óptica sociológica. Esta última parte sintetiza las aportaciones sustantivas y contemporáneas de la sociología de las profesiones. Estos trabajos son complementarios tanto en las lenguas que tratan como en el enfoque desde el que examinan su objeto de estudio, una metodología que -esperamos- se podría extender a otras temáticas.

Jassim Mehdi
Universidad de Bagdad

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, Jesús. 2008. *La lingüística cognitiva. Análisis y revisión*. Madrid: Biblioteca Nueva. (280 pp.) ISBN 978-84-9742-749-4.

El estudio del lenguaje como logos (pensamiento manifiesto a través del decir) es un problema que se remonta a los inicios de la civilización occidental. Aristóteles y los griegos concibieron el logos como lo dicho, como aquello que siendo pensamiento se manifiesta a través de las palabrasⁱ. El problema de las relaciones entre la lengua y el pensamiento ha sido siempre un problema filosófico ligado al lenguaje. En el siglo XVII Descartes orienta la filosofía hacia el conocimiento. Antes de Descartes, la filosofía se preguntaba por el ser, por la esencia del ser (¿qué es el ser?). Con Descartes y después de Descartes, la filosofía se pregunta por el conocimiento del ser (¿cómo conocemos el ser?)ⁱⁱ. El pensamiento desde entonces se identifica con el conocimiento y con la razón. La filosofía en los cuatro siglos que van desde entonces no es más que una formulación de lo que es y constituye el conocer humanoⁱⁱⁱ, es decir, es la formulación de una teoría del conocimiento.

En la Filosofía Moderna y Contemporánea el problema del logos se considera el fundamento de lo lingüístico. El lenguaje es el logos y la manera más directa de llegar a conocer el logos es el estudio del lenguaje. Para Wilhelm von Humboldt (1767-1835), el estudio del lenguaje es una hermenéutica, una interpretación de los hechos lingüísticos consistente en una síntesis de reflexión filosófico-transcendental e investigación lingüístico-empírica^{iv}. Se desenvuelve en tres niveles, a saber: el lenguaje como la totalidad de la actividad lingüística (hablar); el lenguaje como una lengua; y el lenguaje como el hablar de cada vez^v. La síntesis que propugna Humboldt se da entre lo trascendental, es decir, lo universal, y la lengua particular manifestándose en lo individual. Humboldt no separa al lenguaje del pensamiento como cosas distintas, sino que hace a la segunda dependiente de la primera: “El lenguaje es el órgano formador del pensamiento” (Humboldt 1990: 74).

No obstante, el creciente clima positivista que dominaba en las ciencias desde mediados del siglo XVIII —clima que propició la separación de las ciencias experimentales de la filosofía— junto con, en última instancia, la concepción positivista sobre las cosas, legada a la tradición occidental por los griegos^{vi}, hizo que cada vez más se concibiera el pensamiento y el lenguaje como dos realidades distintas. A esto contribuyó, por otro lado, el hecho de que la lingüística en los siglos XVIII y XIX se dedicara a la deriva diacrónica, constituyendo su foco de interés la evolución de las formas lingüísticas^{vii}. De esta manera el problema del logos se separó de la lingüística dejándose a la filosofía.

En el siglo XX en la lingüística nace el interés por el “conocimiento lingüístico” de los hablantes, al que se le designará, en la segunda parte del siglo, con el nombre genérico de competencia lingüística. Tanto en Europa, con Saussure (1916), como en Norteamérica, con Edward Sapir (1921), el estudio del lenguaje lleva consigo la descripción del conocimiento y comportamiento de los hablantes. Tanto el lenguaje como el pensamiento se conciben como realidades que se dan en el plano de las lenguas. El lenguaje es un elemento social y sistemático gracias al cual los hablantes se entienden entre sí. Aunque se reconoce el lenguaje como la actividad del hablar, esta en cierto sentido es ignorada. Entre el hablar social y sistemático, por un lado, y el hablar individual de cada hablante, tiene preeminencia el hablar social. A su vez, el pensamiento es también el pensamiento social y sistemático, que se manifiesta en el hablar en esta o aquella lengua. Hay que describir el

pensamiento, pero sólo en cuanto que es una realidad independiente, social y sistemática, dependiente de esta o aquella lengua.

En la segunda mitad del siglo XX encontramos dos posturas antagónicas: la europea, representada fundamentalmente por Eugenio Coseriu (1921-2002), y la Norteamericana, representada por Benjamin L. Whorf (1897-1941), Noam Chomsky y la llamada lingüística cognitiva. Para Eugenio Coseriu, el lenguaje es logos, es decir, actividad cognoscitiva^{viii}, acto de conocer que se ejecuta en la propia actividad del hablar (enérgeia o actividad libre)^{ix}. Esta se estructura en los tres niveles que ya distinguiera Humboldt, reformulados como el nivel universal, nivel absoluto y creativo, que pertenece a la esencia del ser que habla y que, por tanto, define a este como el “ser hablante”^x; el nivel histórico, nivel de lo común en el hablar de una comunidad lingüística, manifiesto en la tradición en la técnica del hablar, nivel contingente y limitado; y el nivel individual, nivel de la ejecución por parte de los hablantes^{xi}. El nivel más importante es el nivel de la ejecución, el hablar^{xii}, de donde por abstracción llegamos a los otros dos^{xiii}. Coseriu, con esto, considera el logos como el fundamento último del acto lingüístico, única realidad del lenguaje que tiene existencia concreta^{xiv}, siendo por tanto su teoría, una teoría lingüística enclavada en una filosofía, es decir, una teoría del conocimiento.

La postura norteamericana es, si se quiere, algo dispar, puesto que son distintos los pensadores que contribuyen a ella y cada uno ellos es de formación intelectual diferente. Tres características pueden definir esta postura, a saber: la separación, explícita o implícita, que hacen entre el pensamiento y el lenguaje; la concepción del lenguaje y el pensamiento como objetos de estudio fuera de la filosofía; y la dependencia que establecen del lenguaje y el pensamiento de la naturaleza psíquico-biológica del hombre. Para Whorf, el lenguaje depende de la mente, la cual es considerada como realidad con existencia objetiva y concreta. Esta es doble: la mente superior y la mente inferior. El pensamiento, no obstante, está influido por las lenguas (languages), algo que pertenece a las distintas culturas. Para Chomsky y los cognitivistas, el lenguaje y el pensamiento dependen de la psicología. Tanto el lenguaje como el pensamiento tienen significación en tanto que funcionan. Chomsky estudia ambos en sus resultados, en lo que se manifiesta de ellos, deduciendo, por tanto, que debe de haber una realidad interior que es el origen de los dos. Y esta realidad es la que hay que descubrir. Para los cognitivistas, el pensamiento radica en el propio cuerpo

humano (*embodied thought, pensamiento corporeizado*). En este estado de cosas, el profesor Martínez del Castillo, que ya expuso su teoría sobre lo que llama la lingüística del decir y el logos apofántico, concibiendo la actividad del hablar en un solo acto, el acto lingüístico o acto de hablar, decir y conocer^{xv}, critica la llamada lingüística cognitiva desde tres puntos de vista: como ciencia, como teoría lingüística y como teoría del conocimiento.

El problema principal que se plantea en el libro que reseñamos respecto a la lingüística cognitiva es el que nos indica el “adjetivo de su nombre” (pág. 27), el problema del logos, el problema del pensamiento manifiesto en el decir, problema que se resuelve en una teoría del conocimiento (pág. 20). La lingüística cognitiva trata sobre el conocer, al que llama “la cognición”, desde una perspectiva inadecuada (cf. pág. 19). La cognición es algo que se acepta sin más, “dando por supuesta su existencia” (pág. 25). El problema del conocimiento es un problema filosófico, “metafísico” (pág. 24), y ha de tratarse con el método adecuado a dicho problema (pág. 118). Lo que estudia la lingüística cognitiva no es otra cosa que la actividad del hablar, decir y conocer (pág. 22), actividad humana por excelencia (pág. 22), actividad que define el ser humano (pág. 267). La razón de esto es que estudiar “la cognición” no es más que estudiar el ser humano (pág. 85), un ser que es, a la vez, absoluto (pág. 87) y limitado o histórico (pág. 88). Por tanto, ha de estudiarse con el método *a priori* (pág. 117 y ss.), el método que parte de una realidad radical y es “el único que nos puede dar una explicación satisfactoria de lo que es el conocimiento y la actividad cognoscitiva” (pág. 121).

La contribución del libro que reseñamos es triple. En primer lugar, es una crítica de lo que es y constituye la lingüística cognitiva. En segundo lugar, es la exposición de una teoría propia sobre el conocer, teoría que ya expusiera Martínez del Castillo en *La lingüística del decir, el logos semántico y el logos apofántico* (2004). En este sentido, el libro es una contraposición de dos concepciones radicalmente distintas sobre el problema del logos. Y en tercer lugar, es, como su título dice, una revisión de una serie numerosa de conceptos, unos directamente relacionados con la cognición y la lingüística cognitiva, y otros que tienen que ver con la ciencia o ciencias en general. Entre estos destacamos, por ejemplo, el concepto de abstracto (págs. 66 a 68), el de ciencia y ciencia de realidad (págs. 265 y ss.), el de método *a priori* (pág. 117 y ss.) y *a posteriori* (pág. 118 y ss.), o el concepto de filosofía (págs. 24, 35, 56-57, 220, 236), etc.

El libro consta de 8 capítulos. Comienza con una introducción, continúa con una caracterización, interna y externa, de la lingüística cognitiva (cap. 1), y siguen respectivos capítulos dedicados: a rastrear los antecedentes más inmediatos de la lingüística cognitiva (cap. 2), definir el punto de partida de la lingüística cognitiva (cap. 3), exponer la teoría propia sobre el “conocer humano” (cap. 4), estudiar el desarrollo de la lingüística cognitiva (cap. 5), estudiar los aspectos y conceptos clave de la lingüística cognitiva (cap. 6), estudiar la forma de proceder de la lingüística cognitiva (cap. 7); y termina con una conclusión (cap. 8). La conclusión es quizá el capítulo de mayor interés, puesto que es una recapitulación de todo dicho, planteando la cognición como teoría del conocimiento y, por consiguiente, como ciencia y argumentado sobre el tipo de ciencia que constituye la lingüística cognitiva.

El libro que comentamos, a pesar de su nombre, es muy preciso en su estudio. Dice que estudia la lingüística cognitiva, pero en realidad, no estudia más que la lingüística de Lakoff y sus seguidores más inmediatos; a duras penas si cita a Langacker y otros autores cognitivistas. Por lingüística cognitiva, sin embargo, se entiende hoy día algo más que la lingüística de Lakoff y sus colaboradores, quienes, bien es verdad, se refieren a su teoría con tal nombre. En la propia Norteamérica existen otras tendencias, de tipo sintáctico o gramatical, cuyos cultivadores también se llaman a sí mismos cognitivistas y cuyas teorías no son mencionadas en el libro. Este hecho es señalado por el profesor Martínez del Castillo, quien en la introducción señala los libros que va a analizar y que no son más que los de Lakoff y sus colaboradores más inmediatos (pág. 25). Justifica esta selección, no obstante, el hecho de que los llamados cognitivistas suelen a considerar a Lakoff como el fundador de la lingüística cognitiva dando incluso el año 1989 como el año de nacimiento de dicha teoría (pág. 36).

Dado que la lingüística cognitiva está íntimamente relacionada con las llamadas ciencias cognitivas o cognitivismo (pág. 20), Martínez del Castillo tiene mucho cuidado en no calificar ni juzgar dichas ciencias. En la introducción explícitamente dice: “Lo que pueda ser el cognitivismo en otras disciplinas es una cosa que no nos interesa ni lo juzgamos aquí” (pág. 31). Y hablando del estudio de la mente y las ciencias empíricas, deja claro a qué se refiere: “ni las ciencias empíricas, ni el método *a posteriori* tienen nada que ofrecer al estudio de la mente, el lenguaje ni la cognición (cosa distinta será la aplicación que hagamos de estos conceptos, cosa que no juzgo, en absoluto)” (pág. 265).

Las críticas más importantes que realiza este libro a la lingüística cognitiva se pueden resumir de la siguiente manera.

La lingüística cognitiva no se plantea problema alguno (pág. 65). No dice lo que es la cognición ni el por qué de su estudio (pág. 65 y 66). Por consiguiente, la lingüística cognitiva no es ciencia, sino ideología (pág. 251). Procede a base de postulados (pág. 256). No establece discusión sobre los aspectos que trata, sino que crea un contrario, describiéndolo de forma negativa, y lo niega sin más (pág. 256). No define el método que sigue, el método empírico, que no llega a designar como el método *a posteriori* (pág. 119) y proclama su incompreensión del método *a priori*, del que dice nuestro autor que los cognitivistas “tienen horror” (pág. 250). La cognición, a la que Martínez del Castillo identifica con el conocimiento o, mejor, el conocer humano (pág. 85 y ss.), para la lingüística cognitiva, no tiene más que un plano (pág. 153), en el que los cognitivistas incluyen lo mismo lo universal, como lo histórico, lo individual e, incluso, dice, el plano del investigador (pág. 251).

La lingüística cognitiva no es una disciplina autónoma. Depende en su funcionar de las llamadas ciencias cognitivas (pág. 31). Acepta conceptos de disciplinas tales como la filosofía, la psicología o las ciencias de la computación. Esto es una contradicción en sí misma, porque las disciplinas de las que acepta esos conceptos son de naturaleza diametralmente distinta. El concepto de mente, por ejemplo, será distinto en la filosofía, en la que es un concepto deducido, que en la psicología, en donde es un concepto inducido, o en las ciencias de la computación, para las que es un concepto supuesto (pág. 253). Como ciencia, por otro lado, la lingüística cognitiva no es una ciencia nueva, pues desde Descartes toda la filosofía ha venido desarrollándose en torno al problema del conocer (pág. 37, 270). Lo único nuevo de la misma es el nombre de cognición que, para más ironía, no llega a definir (pág. 37), el cual refiere principalmente aspectos históricos del conocer (cf. pág. 25).

El fallo de la lingüística cognitiva estriba en no partir del ser humano como realidad radical (pág. 250). Como ciencia procede justamente al revés de cómo debería (pág. 75). Tras estudiar, por ejemplo, las categorías en una lengua dada (cf. pág. 128), concluye sobre la categorización y sobre lo que nos hace humanos (pág. 174). Este proceder, que se repite varias veces en el argumentar de Lakoff, para Martínez del Castillo, es una petición de principio (págs. 75, 83, 85, 146, 216).

Para concebir la lingüística como “cognitiva”, es decir, como teoría del conocimiento, Lakoff acepta lo que llama el realismo básico (pág. 127). Esta aceptación es muy radical e inadecuada a lo que Lakoff pretende, con lo que se ve obligado a crear al mismo tiempo una epistemología “cognitiva” (pág. 134). Esto para Martínez del Castillo es “una pura y dura contradicción” (pág. 135). El realismo es ya una solución al problema del conocimiento (pág. 134). Como consecuencia, Lakoff revisa los conceptos de “conocimiento, significado, verdad, racionalidad e, incluso, gramática” (pág. 136). Los conceptos de significado y verdad son justificados en el llamado “realismo experiencial” (pág. 137). La propuesta de Lakoff de crear una epistemología tras haber aceptado el realismo básico, es para Martínez del Castillo, una petición de principio (pág. 136).

El concepto más revisado en el libro que reseñamos es el concepto filosófico de historicidad, el cual “es característica constitutiva del ser humano” (pág. 89). Los cognitivistas ignoran este concepto y lo confunden con lo natural (pág. 251). En lugar de historicidad los cognitivistas hablan de uso. Para Martínez del Castillo, los cognitivistas no estudian más que el plano histórico, “el del uso de la lengua”, al que atribuyen “la universalidad que da un hecho biológico” (pág. 25). Para los cognitivistas, el uso se refiere, sobre todo, a lo “imaginativo”, es decir, a las expresiones “descuidadas” o “inconscientes” (pág. 34) del discurso repetido, como algo revelador de la estructura de la mente. Pero este tipo de uso no puede revelar más estructura mental que la que revela una palabra o significado cualquiera (pág. 33). Por otro lado, puesto que los cognitivistas resaltan como imaginativos sólo esos aspectos del uso, niegan implícitamente la creatividad humana en el lenguaje (pág. 34). Y esta es la razón por la que los cognitivistas dan importancia primordial a las metáforas y metonimias, campo casi exclusivo que les caracteriza (pág. 256). Además, las metáforas que estudian los cognitivistas no son metáforas reales, “las que surgen en el hablar diario o discurso”, sino metáforas integradas en el uso, en la tradición, siendo hoy meros significados (pág. 257).

Una crítica muy acertada es la que Martínez del Castillo a la forma de proceder de la lingüística cognitiva, a la que designa “la creación y negación del contrario” (pág. 239). A propósito de esta dice: “Lakoff tiene siempre más interés en negar lo «erróneo» que él mismo inventa, que en afirmar la verdad que él mismo propone” (pág. 83).

En definitiva, estamos ante un trabajo de fundamentación lingüística, es decir, un trabajo de filosofía de la ciencia. Es un trabajo que parte de una

concepción muy fundada sobre lo que es el logos enclavado dentro de la tradición filosófica. Es una discusión sobre el lenguaje y la lingüística, concebida esta como el estudio del conocer que se manifiesta en el hablar y en el decir. Este tipo de trabajo, de crítica y revisión, no es el primero del autor. Es, si se quiere, la continuación de otro del mismo estilo, también publicado en Biblioteca Nueva, de crítica a la teoría de Chomsky (2006). Ambos son una reflexión sobre el lenguaje y la lingüística, estudiando el lenguaje desde la realidad en la que se dan, que no es más que el ser humano.

Lucía Luque Nadal
Universidad de Málaga

ⁱ Cf. Ortega y Gasset 1999: 100.

ⁱⁱ Cf. Ortega y Gasset 1989: 1992a, 1992b, 1999.

ⁱⁱⁱ Cf. Rábade 1995.

^{iv} Cf. Di Cesare 1999.

^v Cf. Coseriu 1992: 22.

^{vi} A este respecto dice Ortega y Gasset: “para el hombre griego, para lo que luego se va a llamar el pagano, realidad significaba el conjunto de las cosas psico-corporales o cosmos: la piedra, la planta, el animal, el hombre, el astro; es decir, lo que se ve y se toca más lo que se presume como ingrediente invisible e intangible de lo que se ve y se toca. Cuando el griego meditaba sobre esa realidad e intentaba descubrir su estructura esencial, llegaba a conceptos como sustancia, causa, cualidad, movimiento, etc.; en suma, a las categorías del ser cósmico” (Ortega y Gasset 2005: 173-74). Y en otro lugar: “La concepción griega del Ser posee, ciertamente, un lado estático que le viene no tanto de que se orienta en los objetos según están ante él y le son meros aspectos o espectáculos, sino a causa de la fijación o “cristalización” que en ellos pone el concepto” (Ortega y Gasset 1992a: 277).

^{vii} Cf. Coseriu 1986.

^{viii} Coseriu 1985: 72.

^{ix} Coseriu 1988: 46.

^x Coseriu 1985: 14.

^{xi} Cf. dichos niveles en Coseriu 1992: 293-306.

^{xii} Cf. “Determinación y entorno” en Coseriu 1982: 282-323.

^{xiii} Cf. Coseriu 1992.

^{xiv} Cf. Coseriu 1988: 23, 48, 81 y Coseriu 1986: 27.

^{xv} Cf. Martínez del Castillo 2004, fundamentalmente.